

José Miguel García, *Los orígenes históricos del cristianismo**

Juan APECECHEA

Digamos de entrada, que es oportuno y positivo publicar un estudio en el que se hace un planteamiento científicamente serio y riguroso sobre el carácter histórico de Jesús y del cristianismo en estos tiempos en que lamentablemente estamos asistiendo a la aparición de obras sin ningún rigor histórico, elaboradas con excesivas dosis de frivolidad, ánimo sensacionalista o intereses financieros. Una muestra del rigor científico de la obra es que, al final, trae una bibliografía consultada de más de ciento veinte autores¹.

1. Estructura

La obra se compone de dos partes. La primera, de carácter principalmente bíblico, es la más amplia, con 240 páginas. En ella, dice el autor, trata de abordar el problema de la historicidad de algunos hechos importantes de la vida de Jesús como su predicación, los milagros y la resurrección. Pero señala que su objetivo es algo más esencial, a saber: ¿Quién fue realmente el judío Jesús de Nazaret, que está en el origen del cristianismo? Esto es absolutamente imprescindible para justificar y valorar la verdadera naturaleza y la solidez de la fe cristiana. Para ello es preciso recurrir a las fuentes, a los evangelios, y leerlos, no con prejuicios ideológicos, sino con criterios rigurosamente científicos.

La segunda parte de la obra es más breve, con 90 páginas. Ofrece una buena síntesis sobre la primera difusión del cristianismo. En contra de algunas opiniones o hipótesis, se trata de probar que el cristianismo no es una amalgama de creencias circunstanciales e inconexas, sino que supone una fe unitaria, que se vivió en estrecha comunión entre distintas y diversas comunidades. Ciertamente hubo también distintas sensibilidades culturales y religiosas; pero todos se sentían unidos en torno a la persona de Cristo. Así lo dice san

* Editorial Encuentro, Madrid 2007, 345 p.

1. Este trabajo fue leído el día 23 de mayo de 2007 en la «Sala Juan Pablo II» de la parroquia de san Nicolás de Pamplona con ocasión de la presentación de esta obra. Mantenemos el tono coloquial empleado en aquella ocasión.

Pablo: «Un solo es el Cuerpo y un solo el Espíritu, como también es una la esperanza a la que habéis sido llamados» (Ef 4, 4). Ser cristiano no consiste, en último término, en profesar simplemente unas doctrinas o cumplir determinadas leyes, sino en una adhesión personal a Jesús y a su evangelio.

Nacido el libro en el ámbito de la cátedra de teología de la Universidad Complutense de Madrid, tiene también un objetivo práctico. Pretende responder a una pregunta básica que explícita o implícitamente se plantea entre gentes de distintas culturas y edades: ¿Qué es el cristianismo? Trata de ofrecer una respuesta que pueda ser válida tanto para el cristiano como para el agnóstico o el ateo (p. 14). El propósito es sin duda ambicioso.

2. Una cuestión de fondo: la historicidad de las fuentes

Una cuestión de fondo que aparece a lo largo de toda la obra es la de la historicidad de los evangelios, como fuente principal. No es una cuestión fácil, dice el autor, teniendo en cuenta la peculiaridad de esos escritos. Ciertamente no son unas biografías al estilo clásico. Son una literatura especial tanto por la excepcionalidad del personaje como por la intencionalidad de sus autores: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 31).

Además del testimonio de los evangelios, el autor aduce también el de algunas fuentes extracristianas sobre Jesús. Cita y analiza los textos de algunos autores judíos (Flavio Josefo) y paganos (Tácito, Plinio el Joven) del siglo primero. Después de este estudio, el autor concluye así: «El resultado es bastante pobre. Atestiguan la existencia histórica de Jesús y algunas características que conocemos gracias a las fuentes cristianas. Según las fuentes no cristianas, Jesús fue un predicador ambulante y hacedor de obras prodigiosas, que murió bajo Poncio Pilatos» (p. 40).

La cuestión sobre el valor histórico de los Evangelios se ha planteado desde siempre por causa de las discordancias de los distintos relatos evangélicos sobre algunos dichos y hechos de Jesús. Desde la antigüedad se quiso dar solución a la cuestión armonizando los evangelios. Tenemos así el caso del *Diatessaron* de Taciano o el *De consensu evangelistarum* de san Agustín.

En la época moderna, la sospecha sobre el valor histórico de los evangelios se remonta al tiempo de la Ilustración con Reimarus a la cabeza, que defendió la teoría del fraude. Similares planteamientos críticos en contra de su historicidad se hicieron también por distintos autores a lo largo del siglo XIX. En la primera mitad del siglo XX, R. Bultmann hizo un planteamiento radical expresado en aquella frase suya: «Lo que Jesús fue, yo no puedo ni quiero saber». En la segunda mitad del siglo XX se planteó la trascendental cuestión sobre la necesidad de distinguir entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Los críticos más radicales dijeron que los evangelios no cuentan lo que realmente aconteció, sino aquello que sobre Jesús creyeron las primeras comunidades cristianas. Posteriormente, en nuestros días, se han moderado las posiciones y, mediante los métodos histórico-críticos, se trata de resolver los problemas históricos y literarios sin prejuicios ni dogmatismos.

Para resolver algunas incoherencias o dificultades literarias de algunos textos evangélicos, una aportación original que hace el autor es tomar en consideración el substrato semiótico del texto griego y, a modo de hipótesis de trabajo, ofrecer una lectura distinta del mismo. Es, tal vez, la parte de más difícil lectura para un lector no iniciado, ya que entra en un terreno estrictamente lingüístico especializado.

Aunque el autor no la cita expresamente, nos parece que en esta cuestión sobre la historicidad de los Evangelios es necesario tener presente la doctrina del Vaticano II en la Constitución *Dei Verbum*, n. 19. Afirma sin vacilar su historicidad, pero enmarcándola dentro de los cuatro niveles o ámbitos en que se desarrolló el proceso de su elaboración.

- a) El nivel fundante y fundamental de aquello que «Jesús, Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día en que fue levantado al cielo». Es el nivel de la «fundatio».
- b) El nivel de la predicación de los Apóstoles sobre lo que Jesús había dicho y obrado «con aquella crecida inteligencia de que ellos gozaban, amaestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad». Es el nivel de la «prima traditio».
- c) El nivel de la fe y la contribución de las Iglesias o primeras comunidades cristianas que se formaron a partir de la predicación apostólica. Es el nivel de la «secunda traditio».
- d) El nivel de los autores sagrados «que escribieron los cuatro evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas teniendo en cuenta la condición de las Iglesias, reteniendo la forma de predicación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús». Es el nivel de la «redactio».

Concluye el documento conciliar diciendo que los autores sagrados escribieron todo sacándolo «ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes fueron testigos oculares y ministros de la palabra». Los evangelios son, pues, al mismo tiempo memoria y testimonio. La verdad de los Evangelios no se limita exclusivamente a las «ipsissima verba aut facta» de Jesús, es decir, a lo que él personalmente pudo decir o hacer. La verdad evangélica incluye también todo lo que el Espíritu Santo, completando la obra de Jesús, quiso revelar mediante la predicación de los apóstoles, la fe de las primeras comunidades y los redactores: «Cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará a la verdad completa» (Jn 16, 13).

En el fondo de toda esta cuestión está en juego el verdadero concepto de historia. La verdadera historia no es, sin más, la simple recopilación de datos externos, sino la auténtica y profunda interpretación de los mismos. La verdadera historia de una familia, por ejemplo, no consiste solamente en la simple información externa de datos que un autor «neutral» pueda dar sobre la misma. Su verdadera historia es la interpretación íntima y entrañable que, desde esos datos, pueda darnos sobre la vida de la familia alguien que ha vivido en el seno de la misma. Así sucede con los Evangelios.

3. *El acontecimiento cristiano obliga a tomar postura*

Aunque el estudio se remonta a los orígenes históricos del cristianismo, el acontecimiento cristiano es, según el autor, una realidad presente que obliga a tomar postura a todo aquél que quiera dar sentido auténtico y pleno a su vida. La razón es que en el comienzo y en la base del cristianismo hay un personaje que dijo sobre sí mismo cosas sorprendentes que nos interpelan a todos, v.g. «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va a Dios Padre sino por mí» (Jn 14, 6): «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» (Mt 11, 28): «El que permanece en mí, como yo en él, da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5): «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Cristo es, en el fondo, la respuesta cabal a los grandes interrogantes del hombre, como dice L. Giussani: «No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo, si antes no apreciamos la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta como respuesta a lo que soy “yo”; y sólo tomar conciencia atenta de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar y vivir a Cristo. Sin esta conciencia, incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre» (pp. 101-102). Lo dijo también certeramente el Vaticano II: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*Gaudium et Spes* 22).

4. *Algunos aspectos de la vida de Jesús*

El autor hace un estudio sobre estos aspectos relevantes de la vida y ministerio de Jesús: su predicación, el perdón de los pecados, los milagros, el secreto mesiánico, el juicio ante el Sanedrín y ante Pilatos, el hallazgo del sepulcro vacío y los relatos de las apariciones.

En todos estos capítulos, el autor defiende la historicidad de dichos o acontecimientos evangélicos, impugnada por los críticos más radicales. Frente a los que niegan que Jesús hubiese tenido conciencia de ser el Hijo de Dios, señala que, aunque explícitamente no lo hubiese dicho, indirectamente se puso a la altura de Dios, cuando se sitúa por encima del sábado (Mt 12, 8) o por encima del templo (Mt 12, 6) o, incluso, por encima de la thorá (Mt 5, 21-48). Esa conciencia que Jesús tuvo no es, pues, fruto de la reflexión apostólica o de las comunidades cristianas. El autor se suma a esta opinión de P. Stuhlmacher: «A Jesús no le fueron atribuidas por los apóstoles, después de Pascua, propiedades que él no poseía, sino que en la profesión pascual de la comunidad cristiana se confirma y se reconoce lo que él quería ser históricamente y que fue y continúa siendo para la fe: el Hijo de Dios y Mesías» (pp. 119-120).

Desde el siglo XVIII, sobre todo, muchos empezaron a negar la historicidad de los milagros, como incompatibles con la razón y la ciencia. Por otra parte, se dice desde el campo protestante que la referencia a los milagros carece de importancia, pues la verdadera fe cristiana no se funda en la historicidad de esos hechos, sino en la predicación de la Iglesia apostólica. El autor desautoriza toda esa posición, en buena medida apriorista, aplicando con

rigor los criterios de autenticidad histórica como la atestación múltiple o la discontinuidad entre los relatos evangélicos y las tradiciones legendarias helenísticas. Las dificultades hay que resolverlas, no con apriorismos ideológicos, sino recurriendo en primer lugar a los instrumentos gramaticales, según aquel principio de Melanchton: «Scriptura non potest intelligi theologicè, nisi antea intellecta sit grammaticè».

El acontecimiento de la resurrección es un hecho trascendente que no puede ser, sin más, objeto de la simple investigación histórica. Sin embargo, es un evento que dejó huellas que sí pueden ser sometidas a la investigación científica. Una de las huellas más relevantes es la del sepulcro vacío. Algunos estudiosos y comentaristas entienden que la referencia al sepulcro vacío es una creación literaria de las primeras comunidades cristianas con el fin de ofrecer una prueba tangible de la resurrección. Frente a esa posición, el autor defiende su verdad histórica mediante algunos argumentos como: el relato aparece en los cuatro evangelistas; la tradición más antigua a la que san Pablo alude en I Cor 15, 3-5 supone la existencia del sepulcro vacío; la acusación inicial de que los discípulos habían robado el sepulcro presupone que el cadáver faltaba. El autor concluye haciendo suyas estas palabras de M. Herranz: «En buena crítica histórica, el único modo de explicar el mensaje de la Iglesia primitiva sobre la resurrección es hacerlo derivar de una experiencia real, no meramente subjetiva, de Jesús resucitado por parte de los primeros testigos. Con esto no se quiere decir que la investigación histórica nos introduce en el misterio de la resurrección de Jesús. Eso sólo puede hacerlo la fe» (p. 239).

5. *La expansión del cristianismo en el siglo primero*

En la segunda parte de la obra, el autor ofrece una apretada síntesis sobre la expansión del cristianismo en Palestina y fuera de Palestina. Se adentra, en primer lugar, en la vida de la comunidad de Jerusalén y evoca algunos aspectos de la misma citando el libro de los Hechos (Hch 2, 42). Aparece como un grupo nuevo que cree y profesa a Jesús como Señor y vive en espíritu de oración y fraternidad. Pero el hecho de sentirse vinculados todavía a las tradiciones judaicas hizo que surgieran a veces tensiones internas. Sin embargo, en contra de lo que algunas veces se dice, el autor afirma que «hay que rechazar, por falta de fundamento histórico, una Iglesia de los orígenes dividida y enfrentada, como escenario de la lucha entre facciones irreconciliables; la única oposición violenta que sufrió el cristianismo durante las primeras décadas provenía siempre de las comunidades judías y de sus autoridades» (p. 255). Algunos autores han querido difundir la idea de una fuerte rivalidad entre la comunidad de Jerusalén y la de Antioquía de Siria, como si representaran a dos concepciones diferentes de la fe cristiana. A eso hay que decir, según el autor, que, aunque hubo tensiones y conflictos circunstanciales, no se puede hablar de rivalidad, ya que la relación fue siempre fraterna.

Fuera de Palestina, el cristianismo se difundió con notable rapidez en centros importantes del imperio romano. Una de las cosas que más contribuyó a ello fue el espíritu de fraternidad que caracterizaba a las comunidades cristianas, así como los servicios de ayuda que se organizaban en favor de los marginados y los más necesitados. También contribuyó a la difusión el espíritu universal del cristianismo, según aquellas palabras de san Pablo: «No

hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, pues todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3, 27-28). Otra razón importante para la difusión fue el hecho de que los cristianos no se encerraban en guetos, sino que convivían con todos, aunque con un espíritu y estilo distinto.

Uno de los principales promotores de la difusión del cristianismo fuera de Palestina fue san Pablo. Su conversión marcó, sin duda, un antes y un después en el proceso de esa difusión. Por eso el autor dedica un amplio capítulo a la historia de Pablo y sus viajes. Dedicó también otro capítulo a la cuestión sobre si san Pablo puede ser considerado como el fundador del cristianismo, como alguna vez se ha afirmado. Sirviéndose de una seria argumentación, el autor afirma que las comunidades de distintos ámbitos y sensibilidades culturales confesaban la misma fe, fundada en los acontecimientos pascales y troncada en Jesús. No hay ningún fundamento histórico para considerar a Pablo como el fundador del cristianismo. Confiesa el propio Pablo, que él se limita a transmitir la tradición que ha recibido: «Yo os transmití lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras» (1 Cor 15, 3-4). Y en otro lugar: «Os aseguro que el evangelio predicado por mí no es un producto humano, pues no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo» (Gal 1, 11-12).

6. Conclusión

Nos encontramos ante una obra seria que se hace eco de las voces más críticas de la era moderna sobre la veracidad histórica de los Evangelios y, en definitiva, sobre la vida de Jesús de Nazaret. El autor responde a sus críticas con solidez científica y en un tono sereno. La obra contiene ciertamente algunos puntos o planteamientos opinables, como puede ser el celo apologético por defender la historicidad clásica de algunos hechos y dichos evangélicos, en cuanto propios de la persona misma de Jesús. Pero, en todo caso, esa defensa se hace reconociendo que nos encontramos en un terreno complejo en el que las posiciones pueden ser distintas e igualmente legítimas. Con lo que todos estaremos de acuerdo es con estas palabras finales de la obra: «La identidad de la comunidad cristiana no nace de una combinación de circunstancias sociales y políticas, sino del encuentro con Jesús. El cristianismo se define por afirmar que Dios se ha encarnado en un judío del siglo primero de nuestra era, cuya muerte ofrecida en la cruz y resurrección gloriosa al tercer día han alcanzado la salvación de todos» (p. 334).

Juan Apecechea

Río Arga, 8, 1º

E-31014 Pamplona

juanapecechea@wanadoo.es

Miscelánea

